

# ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXVII



C. S. I. C.  
**1989**  
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO  
DE  
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tómo XXVII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS  
MADRID, 1989

## SUMARIO

	Páginas
<b>ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS</b>	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños .....	9
<b>Arte</b>	
Los monumentos públicos de Miguel Blay en Madrid, por <i>Socorro Salvador Prieto</i> .....	17
Proceso constructivo del Real Hospicio del Ave María y San Fernando (actual Museo Municipal de Madrid), por <i>Matilde Verdú Rufz</i> .....	27
El Palacio de Anglona: un testimonio monumental de los siglos XVI y XVII, por <i>Virginia Tovar Martín</i> .....	47
La Iglesia Mayor de Santa María de la Almudena: reconstrucción ideal de su arquitectura, por <i>José Manuel Castellanos Oñate</i> .....	77
Juan Cirilo Magadán y Gamarra miniaturista y tratadista madrileño, por <i>Carmen Espinosa Martín</i> .....	101
La música de la Real Capilla de Madrid (siglo XVIII), por <i>Paulino Capdepón Verdú</i> .....	109
La Casa Palacio del Marqués de Astorga, por <i>Africa Martínez Medina</i> ..	121
El Buen Retiro en el siglo XIX, proyectos arquitectónicos para su restauración, por <i>Ana Isabel Suárez Perales</i> .....	135
Ventura Rodríguez, Juan de Villanueva y el Marqués de Cubas: tres grandes arquitectos y personajes del urbanismo madrileño, por <i>Fernando Chueca Goitia</i> .....	149
<b>Bibliografía</b>	
Temática madrileña de 270 conferencias: doce cursos, 125 conferenciantes y veinte años de ininterrumpida labor. Una realización del Centro Cultural de la Villa y el Instituto de Estudios Madrileños, por <i>Antonio Aparisi Mocholf</i> .....	163
<b>Biografía</b>	
El madrileño Felipe de Cáceres conquistador y gobernador de Paraguay, por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i> .....	191
Diego González de Madrid, un prohombre madrileño del siglo XV, por <i>Manuel Montero Vallejo</i> .....	201
<b>Economía</b>	
Los Bertrán de Lis en el Madrid post-Fernandino, por <i>Alberto Rull Sabater</i> .....	217
<b>Educación Física</b>	
Los comienzos de la educación física en Madrid, por <i>José del Corral</i> ..	233
<b>Geografía</b>	
Los trabajos preparatorios para el mapa topográfico y vistas de Aranjuez por D. Domingo de Aguirre, por <i>Pilar Corella Suárez</i> .....	257

	Páginas
Pudo ser silicio el nombre latino del Manzanares madrileño, por <i>José M<sup>a</sup> Sanz García</i> .....	285
<b>Historia</b>	
El hospital de la Concepción Francisca, vulgo de la Latina, por <i>Javier M. Tomé bona</i> .....	307
Salustiano Olozaga, embajador, por <i>Antonio Matilla Tascón</i> .....	317
Francisco Telesforo Peña confesor de Fernando VII, por <i>Enrique Pardo Canalís</i> .....	327
El Palacio madrileño de los Duques de Pastrana a mediados del siglo XVII, por <i>José Miguel Muñoz Jiménez</i> .....	339
Los Gremios de la madera en el Madrid de Carlos III y la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País: el proyecto de unificación gremial en 1780, por <i>Angel López Castán</i> .....	345
La Ciudad Lineal como promoción inmobiliaria, por <i>Rafael Mas Hernández</i> .....	381
Madrileños Benedictinos ilustres, por <i>Ernesto Zaragoza Pascual</i> .....	409
Algunas notas para el Madrid del siglo XIX, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i> .....	435
El Ayuntamiento de Madrid durante la guerra civil, por <i>Concepción Bocos Rodríguez</i> .....	453
Fuencarral, por <i>Gloria Salterain Díez</i> .....	469
<b>Literatura</b>	
Epistolario inédito de Ramón a Cansino, por <i>César López Llera</i> .....	489
La librería Hernando contrata la impresión, distribución y venta de las obras de caligrafía de Iturzaeta, por <i>Antonio Matilla Tascón</i> .....	509
Ramón de la Cruz. El peregrino de su patria (zarzuela en dos actos), por <i>Gonzálo Corona Marzol</i> .....	513
El amor barroco en María de Zayas, por <i>María Isabel Barbeito Carneiro</i> .....	551
Cristobal de Beña un madrileño rescatado, por <i>Ana María Freire López</i> .....	569
La Biblioteca y otros bienes de Don Julián Moreno de Villodas, Secretario Mayor del Ayuntamiento de Madrid durante los reinados de Felipe V y Fernando VI (1751), por <i>José Luis Barrio Moya</i> .....	605
<b>Sociología</b>	
La inmigración a Madrid a finales del siglo XVIII, por <i>Jacques Soubeyroux</i> .....	617
La evolución de la estadística demográfica en la primera mitad del siglo XIX, por <i>Federico José Ponte Chamorro</i> .....	645
Oficios de la mujer en Madrid en el siglo XVII, por <i>Guadalupe Menéndez</i> .....	667

## VENTURA RODRÍGUEZ, JUAN DE VILLANUEVA Y EL MARQUES DE CUBAS: TRES GRANDES ARQUITECTOS Y PERSONAJES DEL URBANISMO MADRILEÑO

Por FERNANDO CHUECA GOITIA

Se trata de recordar a tres grandes arquitectos, dos del Siglo XVIII y uno del Siglo XIX, que influyeron considerablemente en la vida de Madrid en sus aspectos urbanísticos, artísticos y en alguna medida políticos.

Estos tres arquitectos fueron naturales de Madrid excepto uno, pero al que podemos considerar como tal, puesto que nació en Cienpozuelos, que es como decir en Madrid, y vivió toda su vida en la Villa y Corte. Los otros dos son madrileños de nacimiento e igualmente en Madrid pasaron la mayor parte de sus vidas.

Ventura Rodríguez es el más antiguo en el tiempo, pues nace a comienzos del Siglo XVIII, en 1717 y muere en la Villa y Corte en 1785. Juan de Villanueva le sucede, nace en 1739 y muere en 1811. Con posterioridad transcurre la vida de Francisco de Cubas, Marqués de Cubas. Nació en Madrid el año 1826 y murió el último año de siglo, 1899.

Los dos primeros son por lo tanto casi coetáneos y pertenecen, más o menos a un periodo artístico común, a lo que se ha llamado el Neoclasicismo. En cambio, el tercero, ya salta a otra época muy diferente pues sus primeras obras como arquitecto se fechan después del año 1852 en que termina su carrera de arquitecto. Por lo tanto, Francisco de Cubas pertenece a otro periodo artístico bastante diferente. Por una parte a lo que se ha llamado el arte Isabelino, de Isabel II, que se caracteriza por la vuelta a un Renacimiento de tipo quattrocentesco, refinado y sutil, y por otra el Revival Gótico, que corresponde a la última etapa de su vida.

Hace todavía pocos años se consideraba a Ventura Rodríguez y Juan de Villanueva figuras inseparables, como si se tratara de verdaderos Castor y Polux de la arquitectura. Luego, una crítica más moderna ha señalado diferencias importantes entre el arte de Ventura Rodríguez y de Villanueva. La primero se le estudia hoy como un representante del Barroco tardío muy afecto a la Escuela Romana, mientras que a Villanueva se le reputa como el maestro neoclásico por antonomasia.

Las tres grandes figuras han dedicado lo mejor de sus vidas a Madrid y por lo menos dos de ellos han sido Maestros Mayores del Ayuntamiento de la Villa. Madrid les es deudor de muchas cosas y con su trabajo y con su inspiración han dado perfil y vida a muchos aspectos del Madrid más ilustre y memorable. A dos de ellos, Ventura Rodríguez y el Marqués de Cubas, en justo premio a sus desvelos, Madrid

les dedicó importantes calles, pero uno y acaso el más destacado, sigue sin tener una calle en la capital. A Ventura Rodríguez se le dedicó la calle que va desde Ferraz a la Princesa y que enfoca directamente al Palacio de Liria. Posiblemente se pensó dedicarle esta calle por conducir a uno de los más bellos palacios madrileños, hoy de los Duques de Alba, que proyectó el maestro de Cienpozuelos.

No sabemos porqué el Marqués de Cubas mereció que llevara su nombre la antigua calle del Turco, de trágica memoria pues en ella tuvo lugar el asesinato del General Prim que en buena medida torció la historia de España. Algún motivo habría para dedicarle esta calle pero nosotros no acertamos a saber el porqué. Es posible que allí viviera el que más tarde fuera Alcalde de Madrid.

Villanueva se ha quedado sin calle y posiblemente porque en el barrio de Salamanca existe una de este nombre y muchos han debido pensar que se llama así en homenaje al gran arquitecto del Museo del Prado. Pero la verdad no es esa; la calle de Villanueva, contigua a la de Jorge Juan y que corre en el sentido Este-Oeste dentro de la cuadrícula del barrio de Salamanca, se llama así porque allí, en tiempos, tenía unos pozos de nieve un sujeto llamado Villanueva y pasó de ser la calle de los Pozos de Villanueva a convertirse en Villanueva a secas, con lo que muchos creyeron que se trataba de una calle dedicada a este arquitecto.

Dichas estas palabras preliminares vamos brevemente a exponer ante ustedes algunos aspectos de la vida y milagros de estos grandes madrileños. Empezaremos por Ventura Rodríguez.

Este notable arquitecto nació en Cienpozuelos en el año 1717; hasta hace muy poco tiempo se consideraba que era hijo de una familia muy humilde y que no tenía antecedentes artísticos. Solo se decía que su padre viendo el despejo que tenía para el dibujo le recomendó a unos ingenieros hidráulicos del Real Sitio de Aranjuez llamados Brachelicu y Marchand, para que se adiestrara en el dibujo. Luego, estos ingenieros, se dieron pronto cuenta de su capacidad y cuando llegó a España el arquitecto turines Felipe Juvara le recomendaron a este joven como delineador. En este momento nace la estrella del joven Rodríguez que va a quedar vinculado a las obras del Palacio Real de Madrid, primero con Juvara, y a su muerte con su sucesor, Juan Bautista Sachetti.

Esta era la historia, pero recientemente y por un curioso azar se ha descubierto que Ventura Rodríguez procedía de una familia de cierta importancia en el oficio y que su padre era un maestro de obras de ganado crédito en Cienpozuelos y Aranjuez.

Cuando asistí al entierro de mi entrañable amigo el gran torero Domingo Ortega, pude contemplar en Borox, su patria, una Ermita junto al Camposanto. Esta Ermita me llamó la atención por su gracia y proporciones y por su madrileñísimo estilo barroco. Cuando en un artículo de prensa hice elogio de esta Ermita, un compañero mío vinculado a Borox, Juan Manuel Cárdenas, me dijo que había tenido buen olfato al elogiar dicha Ermita que se debía precisamente al padre de Ventura Rodríguez, Antonio Rodríguez. Cárdenas tenía documentes que lo atestiguaban. Por

lo tanto, en cierto modo, cambió el enfoque de los primeros años del gran arquitecto y de su progeñie; ahora se comprendía su entrada en las obras del Real Sitio seguramente recomendado por su padre. Con ello la figura que tanto habria de brillar en nuestro arte se entroncaba con una familia de cierta importancia en la zona de Cienpuzuelos y Aranjuez. Ventura Rodríguez no venia de la nada, tenia antecedentes en el campo de su arte.

Por añadidura, el distinguido arquitecto y profesor Don Juan Manuel Cárdenas, nos ofrece otra noticia: los planos que él mismo conserva de la Casa Ayuntamiento de Borox, firmados por Julián Rodríguez, son de otro miembro de esta al parecer numerosa familia.

Ya tenemos consiguientemente a Ventura Rodríguez establecido en la Corte al lado de Sachetti. Su carrera como arquitecto fue meteórica, su ascenso se puede decir que imparable. No solo sus obras en el Palacio Real adquirieron consistencia, sin que se perdiera la superior dirección de Sachetti, sino que el propio monarca le encargó otras muchas. Una de sus obras primeras y más considerables es la Iglesia de San Marcos de Madrid junto a la Plaza de España, hoy escondida entre los gigantes rascacielos. Yo diria que esta iglesia es toda una cofesión que pone de manifiesto cuales eran sus preferencias: su planta sigue al pie de la letra una de Juvara para un proyecto, no ejecutado, de la Iglesia de San Felipe Neri de Turin. En los alzados interiores encontramos cierta huella del San Carlino de Borromini en Roma y la fachada tiene algo que ver con la iglesia de Santa Andrea al Quirinale de Bernini. Con estos nombres queda en cierta manera inscrita la personalidad del arquitecto, muy vinculado, como decimos, a la Escuela Barroca Romana. Después de construir San Marcos, realizó la fachada principal de la Iglesia de San Norberto de Padres Premostatenses (1757) que, por desgracia, ha desaparecido. Pero no es en Madrid donde se suceden otras obras notabilísimas, en este caso es Zaragoza y el templo metropolitano del Pilar el que recoge sus talentos.

Ventura Rodríguez por encargo de Fernando VI proyecta y construye la Capilla del Pilar de Zaragoza (1750-1757) donde acaso el genio del arquitecto alcance su cénit. La manera como resuelve los problemas de la situación de la columna de la Virgen, dentro de la Basílica, es magistral, pues estando esta excéntrica hace que dentro de su Capilla ocupe un lugar preferente valorando los ejes diagonales. Dibujó también todas las fachadas del nuevo templo, de acuerdo con su peculiar arquitectura barroquista y renovó la decoración interior de la gran Basílica Mariana.

En cambio, desgraciadamente Madrid no tiene suerte con uno de sus mejores arquitectos. Una de sus obras maestras hubiera sido el templo de San Bernardo en Madrid del que conservamos una sección longitudinal. Si se hubiera construido, yo me atreveria a decir que ningún templo de Madrid le igualaría y que podría considerarse como uno de los más bellos de Europa: su planta, adivinada por la sección, tiene algo de la Superga de Turin, obra de Juvara. Tampoco pudo realizar Ventura Rodríguez uno de sus proyectos más acariciados, el del nuevo templo de San Francisco el Grande, proyecto en el que compitió con Diego Villanueva, hermano ma-

yor de Juan y que luego realizó el hermano lego Francisco de las Cabezas, al que tuvo que enmendar la plana Francisco Sabatini.

Pudo realizar sin embargo en la Corte una obra deliciosa, remodelación del interior de la Iglesia de la Encarnación en Madrid; no cabe cosa más bella y delicada que la decoración de la iglesia del convento madrileño; tampoco pudo construir el edificio de la nueva Casa de Correos en la Puerta del Sol que realizó un arquitecto francés, Jaime Marquet, que había venido a Madrid para ocuparse, entre otras cosas, de la pavimentación de la ciudad. De ahí vino el dicho, amargo y sarcástico, de “al arquitecto la piedra, la casa al empedrador”.

Si bien realizó en Madrid el Palacio de Liria no pudo tampoco terminar el Palacio del Marqués de Astorga en la calle de San Bernardo que hubiera sido una de sus obras principales. Todavía queda un fragmento de este palacio en la calle de la Flor Alta. Se dice que no se terminó por celos de la Corona, al pensar que la nueva construcción podría sobrepujar al Palacio Real. Esto es completamente vano e ilusorio. Serían otros los motivos.

Con esto pasaron los años gloriosos, la gran década de 1749 a 1759 y el arquitecto comprendió que su carrera empezaba a declinar, no porque sus facultades decayeran, antes bien estaba en su mejor edad, sino porque subió al trono Carlos III, y con el monarca ilustrado empezaron a brillar en la corte sus ministros italianos y su arquitecto venido de Nápoles, Francisco Sabatini. Carlos III, desterró a Ventura Rodríguez de sus puestos en la Corte e hizo que todos los encargos recayeran en su arquitecto favorito, Sabatini.

Ventura Rodríguez sin los encargos regioes se dedica en parte a realizar trabajos de menor cuantía en provincias y a convertirse en un servidor fiel del Consejo de Castilla, que pedía siempre el asesoramiento de este arquitecto en materias de su oficio. Pero conservó Ventura Rodríguez tanto su función académica, como miembro de la de San Fernando, como su importante puesto de Arquitecto Mayor de Madrid. Lo había sido antes Juan Bautista Sachetti pero a la muerte de este en 1764 le sucedió el maestro de Cienpuzuelos que fue arquitecto mayor igualmente hasta su muerte dejando un recuerdo imborrable de sus desvelos por Madrid. Como se puede comprender entonces a los grandes hombres solo los jubila la muerte.

La última obra suya fue una bellísima portada en la calle Imperial de Madrid, edificio municipal que más tarde ocupó el cuerpo de Bomberos. Cuando murió estaba precisamente diseñando esta académica portada, que todavía se conserva.

Si bien, como hemos dicho, Sabatini fue el causante de que se desterrara de la Corte a Rodríguez, por circunstancias excepcionales obtuvo un encargo de singular importancia que consistió en la ornamentación del Paseo del Prado, reformado bajo el gobierno del Conde de Aranda después del Motín de Esquilache.

Carlos III, que había sufrido un golpe dolorosísimo con el Motín, quiso congraciarse con los madrileños ornamentando este Paseo para esparcimiento del pueblo y de aquí surgen las más bellas fuentes de Madrid: La Cibeles, Neptuno, la de Apolo, o de las Cuatro Estaciones, la de la Alcachofa (hoy en el Retiro), las pequeñas

cuatro fuentes junto al Musco del Prado que en suma representan uno de los más bellos ornamentos de nuestra ciudad. Si algo le debe Madrid a Ventura Rodríguez, en medio de sus éxitos y desdichas, es que la fuente de la Cibeles será siempre la castiza encarnación de un Madrid festivo a la vez que distinguido, popular a la vez que entonado.

Juan de Villanuev, aunque coincidió en el tiempo con Ventura Rodríguez, era 22 años más joven que él y por consiguiente esto ya representaba un importante cambio generacional. También Villanueva como arquitecto era muy distinto del maestro de Cienpozuelos; aquel un barroco elasicista, este un neoclásico en toda la aceptación de la palabra.

Villanueva fue un favorito de la fortuna desde el momento mismo de su nacimiento. Su hermano mayor, Diego de Villanueva, hijo de un primer matrimonio de su padre, le preparó, con interés y afecto fraternal, su camino; hizo sus estudios el joven Juan en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando que entonces era nuevo y progresivo centro de estudios donde se profesaban las enseñanzas vitruvianas. Después de obtener en la Academia un brillante palmarés, pues recogió todos los premios que esta otorgaba en sus diversas secciones, tuvo la fortuna de obtener una beca para estudiar en Roma, cosa que fue francamente decisiva en su vida.

En efecto, en el año 1758 se convocaron las primras pensiones en Roma y con ellas se inicia una política de ampliación de estudios que dará importantes frutos. Después de estos primeros pensionados en Roma, durante todo el siglo XVIII y especialmente durante el XIX los más jóvenes y prometedores artistas españoles gozaron de una estancia en Roma para perfeccionar sus estudios. Don Emilio Castelar, el gran tribuno y Presidente de la I República, fue el alma y fundador de la Academia Española en Roma, que ha visto pasar por sus aulas tan preclaros artistas; pero la verdad es que esta senda la abren Villanueva y sus compañeros con el concurso de 1758. Entonces no existía ninguna Institución Académica en Roma, ningún edificio que representara a España en la ciudad eterna; los becarios vivían donde podían, casas de familia, fondas y hospedajes diversos y solamente se vinculaban a un Director que, por encargo de la Academia, los vigilaba y dirigía; este era un pintor modesto pero voluntarioso que se llamaba Francisco Preciado.

Si institucionalmente los pensionados españoles no tenían grandes recursos, como los pensionados franceses, que ya estaban instalados en la magnífica Villa Medici, no cabe duda que realizaron una labor interesante en Roma y de una manera especial el joven Juan de Villanueva.

Villanueva vivió una etapa romana sumamente interesante. Vivió la Roma de Piranesi, de Winckelman, de Mengs, de Robert Adan, íntimo amigo de Piranesi, de Dance, de Clerisseau, de De Wailly... era una Roma que bullía y donde surgían nuevas ideas, incitaciones diversas y lecciones por todas partes que Villanueva supo como pocos aprovechar. No se comprendería hoy la personalidad de Villanueva sin esta estancia en Roma y sin la emoción que debieron producirle las ruinas

de la Antigüedad. Ventura Rodríguez con todo y con haber sido discípulo de arquitectos romanos como Juvara y Sachetti, nunca viajó a la ciudad eterna y aunque logró la suprema distinción de miembro de la Academia de San Lucas, lo hizo mediante el envío de un proyecto sin poderse trasladar a una ciudad que le hubiera atraído poderosamente. Pero, sin duda, si Rodríguez hubiera estado en Roma se hubiera interesado especialmente por los monumentos modernos lo que equivale a decir por los monumentos del barroco. Por las obras de Fontana, de Maderna, de Bernini, de Borromini y de tantos otros que desde lejos fueron sus maestros. En cambio, Villanueva pone su atención en otras cosas y fundamentalmente en los monumentos de la Antigüedad, en las ruinas romanas, en el Coliseo, en el Panteón, en el templo de Vesta de Tivoli, en los arcos de triunfo de los Emperadores y en último término en las grandes columnas que muchas veces contemplaría, erguidas y solitarias, en el campo arqueológico de los foros.

La lección de las columnas fue la que mejor aprendió Villanueva, que se convirtió en un verdadero cultivador de este elemento arquitectónico, en un verdadero *stylophilo*, es decir, amante por encima de todo de la columna. No hay más que contemplar el Museo del Prado, su obra magna en Madrid, para darse cuenta de hasta qué punto reunió en ella toda suerte de columnas de diversos órdenes, de diversos estilos, de diversas proporciones y tamaños, columnas doricas, jonicas, corintias, monumentales, menos monumentales, delicadas, de mayor o menor escala. Se sirvió de las columnas para argumentar su arquitectura, para dar expresión y vida a sus construcciones y especialmente, como decimos, a este Museo del Prado que es a la larga un himno a la columna. Todo esto lo aprendió en Roma en sus cinco años de estancia en aquel país.

Cuando terminó su pensión la Academia de Parma promovió un concurso entre arquitectos para otorgar un premio importante. Juan de Villanueva se presentó a este concurso y tenía las mejores esperanzas de alcanzar el premio; sus compañeros, su Director, Francisco Preciado, así lo esperaban visto el talento del joven arquitecto y la buena opinión que había alcanzado en el círculo romano. Pero no fue así, Juan de Villanueva no fue premiado ni obtuvo mención alguna digna de importancia en este concurso de Parma. Su amargura fue inmensa, su orgullo quedó profundamente herido porque, es necesario saber, que Villanueva era un hombre legítimamente orgulloso de su valer. Se puede decir que el fracaso del concurso de Parma fue la única desgracia que tuvo en una vida acompañada por el éxito.

Volviendo a España se siente desconcertado, parece como si su vida ascendente se hubiera detenido y careciera de sentido. En medio del desconcierto de esta situación llega el encargo de acompañar a Hermosilla y a Pedro Arnal en una expedición programada por el Conde de Floridablanca para levantar los planos de las antigüedades árabes de Granada y Córdoba. No era un encargo así lo que esperaba, pero, hombre puntual, trabajador y responsable, realizó su cometido con diligencia y talento.

Vuelto de granada y Córdoba, Villanueva se encontró otra vez en un mar de dudas del que le sacaron Antonio Ponz y Pérez Bayer. Este último era Bibliotecario del Escorial y pensó que Villanueva podía ocuparse de ciertas obras en el Monasterio y sus aledaños. La comisión era muy modesta, a Villanueva se le pagaba muy poco, pero al arquitecto esto era en el fondo lo que menos le importaba, lo que quería era trabajar en temas de su gusto y para él la obra de Juan de Herrera era una fuente inagotable de enseñanzas, aparte de que esto le puso en contacto con la Corte y de ello se derivaron una serie de ocasiones afortunadas. Tuvo una que merece señalarse: el Príncipe de Asturias, el que luego había de reinar con el nombre de Carlos IV, empezó a construir en terrenos del Escorial de Abajo una pequeña plaza de toros para divertirse con sus amigos. Su padre, el ilustrado monarca Carlos III, poco aficionado a estos juegos que consideraba bárbaros, montó en cólera y dio orden de que se derribara inmediatamente la susodicha plaza.

Para compensar a su hijo y heredero y educarle en las buenas maneras, pensó que lo mejor sería regalar al Príncipe una bella casa de recreo, una villa o casino a la manera italiana, donde en un ambiente refinado y rodeado de obras de arte, se relacionara con personas ilustradas y dedicara su ocio a la lectura o simplemente a la amena conversación.

Esto dio origen a que Villanueva, que era el arquitecto que ya se empezaba a destacar por sus obras en el Escorial, realizara la maravillosa Casa o Palacete llamado Casa del Príncipe del Escorial de Abajo. Pero por si esto fuera poco el Rey quiso también hacer otro obsequio semejante al Infante Don Gabriel y encargó a Villanueva de la construcción de otro palacete de menores proporciones en terrenos de la Herreria, en este caso el Escorial de Arriba.

Con ser estas dos casitas de las primeras obras del gran arquitecto, revelan ya todo su talento y maestría. Son dos palacetes deliciosos que además de entrar en la línea de una moda muy dieciochesca encajaban perfectamente con el Escorial y con las obras herrerianas por su manera de utilizar el granito. Con estas obras, el joven maestro se consagró del todo y quedó como arquitecto oficial de los Infantes de España. Era el más alto puesto que podía ocupar en la Corte, ya que el arquitecto Mayor del Rey sin disputa era el italiano Francisco Sabatini.

Ya en la línea ascendente Villanueva recorre una carrera de triunfos, realiza diversos proyectos en los Sitios Reales, vuelve a construir otra bella casita de recreo en El Pardo, traza los primeros planos del Gabinete de Historia Natural el año 1785 que es precisamente el año en que muere Ventura Rodríguez, al que sucede como Maestro Mayor del Ayuntamiento de Madrid. Tres años más tarde otra muerte, la de Carlos III le eleva a la suprema condición de arquitecto Mayor del nuevo Rey Carlos IV. Con esto ha subido a su cota más alta y se convierte indiscutiblemente en el primer arquitecto de la Corte y de España. Realiza innumerables obras en Madrid, la más importante de todas ellas el Gabinete de Historia Natural, luego Museo del Prado; así mismo en la capital el Oratorio del Caballero de Gracia, la columnata de la Casa Consistorial en la calle Mayor, la reforma, importantísima, de

la Plaza Mayor de Madrid, tras el incendio que se produjo en el año 1790 y entre otras de su genio el Observatorio Astronómico que no pudo ver terminado y al que dio cumplimiento su discípulo preferido Don Isidro González Velázquez.

Los años finales de Villanueva empezaron a entenebrecerse con las desgracias nacionales; precisamente el año 1808, cuando se produce el levantamiento del 2 de Mayo, otorga testamento y acorde con los años tristes que corren, construye su última obra: el Cementerio de Fuencarral o general del Norte. El 22 de Agosto de 1811 muere en su casa de Madrid a los 72 años. Ha sido una vida larga y fecunda sobre todo para aquellos tiempos en los que no se había alcanzado la longevidad media de hoy en día. No tuvo descendiente varón y le sucedieron en su arte sus discípulos predilectos, Isidro González Velázquez y Antonio López Aguado, pero a estos las desventajas de la Patria les imposibilitaron dejar una obra tan importante como la que nos legó su maestro.

Los dos grandes arquitectos de nuestro siglo XVIII Ventura Rodríguez (1717-1785) y Juan de Villanueva (1739-1811) además de dejarnos sus obras y cumplidas noticias de sus vidas, nos son conocidos por dos espléndidos retratos debidos al pincel de Goya que debió de ser amigo de ambos. Conocemos perfectamente que Ventura Rodríguez se movía en el círculo íntimo del Infante Don Luis, hermano de Carlos III y desterrado de la Corte por su matrimonio morganático con Doña Teresa Vallabriga. Precisamente fue Ventura Rodríguez el que presentó en la pequeña Corte de Arenas de San Pedro al genial pintor aragonés que luego hizo ese retrato de la familia del Infante Don Luis que hemos podido contemplar recientemente en Madrid.

El retrato de Ventura Rodríguez no se encuentra en España. Está en el Museo de Estocolmo pero la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, posee una copia realizada por Zacarías González Velázquez. El retrato presenta al arquitecto con una casaca de color marrón y su faz benévola, que respira bondad. Lleva en sus manos un plano de la Capilla de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza.

El retrato de Juan de Villanueva por el mismo Goya, que sin duda le conoció y le debió tratar bastante, está en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y es verdaderamente magistral. Expresa con profundidad psicológica todo el carácter del arquitecto. Tiene el aspecto de un hombre enfermo del estómago, algo bilioso y de carácter a veces seco y duro pero capaz siempre de controlarse debido a su buen fondo natural, que frenaba sus prontos agrios o cortantes.

Hemos tratado de presentar con unas pocas pinceladas a nuestros más grandes arquitectos del Siglo XVIII, ahora vamos a ocuparnos de otro, ciertamente alejado en el tiempo, no del alto rango artístico de los primeros, pero también notable y digno de que le dediquemos algunas líneas. Se trata de Francisco de Cubas, nacido en Madrid el año 1826 y muerto también en la Villa y Corte en el último año del siglo.

Al parecer era un hombre de familia modesta, pero que pronto destacó en su carrera que terminó el año 1852 en pleno periodo isabelino. Terminada esta, gozó de

diversas pensiones y becas viajando por Italia, Grecia, Francia, Bélgica y Austria, deteniéndose con principal agrado en Munich. En su trayectoria de arquitecto existen dos etapas claramente diferenciadas: la primera es la etapa isabelina durante la cual Cubas realiza una serie de palacetes para la aristocracia madrileña. Solamente en la acera del Paseo de Recoletos, enfrente de lo que fue el Palacio del Marqués de Salamanca, hoy Banco Hipotecario, construyó no menos de cinco palacetes para su clientela aristocrática. De estos cinco, algunos de los cuales hemos visto caer, solo quedan dos, el de López Dóriga y el del Duque de Sexto. Ambos están contiguos y junto con la pequeña iglesia de San Pascual. Son muy bellos, dentro del arte quattrocentesco isabelino y ambos derivan de la obra de su maestro Narciso Pascual y Colomer, que fue precisamente el autor del soberbio Palacio del Marqués de Salamanca. Pero además de esto, el futuro Marqués de Cubas construyó unos magníficos grupos de casas en la calle de Villalar, en la de Olózaga y en la Plaza de la Independencia, en el cuadrante entre la calle de Alcalá y Alfonso XII. Son todas estas construcciones ejemplos de un Madrid entonado y burgues, característico del siglo XIX.

No cabe duda que en su clientela aristocrática, encontró la base de su fortuna como arquitecto y el pedestal social sobre el que pudo elevarse. Consecuencia de este trato social, fue su enlace con Doña Matilde de Erice y Urquijo, lo que le proporcionó la entrada en el mundo aristocrático del que habían surgido sus principales clientes.

En el periodo revolucionario que siguió a la caída de Isabel II se afianzaron sus sentimientos conservadores y católicos que reverdecían con toda fuerza cuando llegó el momento de la Restauración Alfonsina. Los cambios políticos produjeron también variaciones notables en su propia manera de sentir la arquitectura. Coincide la Restauración Católica, que nos va a traer Alfonso XII, proclamado en Sagunto el año 1874, con otra Restauración: la de la arquitectura gótica. No es que el Revival Gótico surja en fecha tan tardía. Mucho antes, en pleno Romanticismo, empieza a aparecer este cambio de gusto, uno de cuyos grandes propagadores es Eugenio Viollet-Le-Duc, que escribe su famoso Diccionario en 1854. Algunos arquitectos restauradores como Madrazo, y Juan Segundo de Lema, empiezan a propagar este estilo, que Cubas adoptará a partir del año 1870. Cuando en este año es elegido Académico se manifiesta resueltamente partidario del arte medieval y empiezan sus construcciones más importantes dentro de este estilo.

De su gran clientela conservadora y católica es a la vez de donde surgen los mecenas de muchas fundaciones benéficas. Hospitales, asilos, orfanatos... Se produce en el periodo alfonsino lo que pudiéramos llamar un Renacimiento religioso muy importante, y en ese Renacimiento una figura clave es, precisamente el Marqués de Cubas, que, por sus relaciones con la iglesia, ha obtenido el título pontificio de Marqués de su nombre.

En ciertas construcciones de carácter benéfico y piadoso utiliza una arquitectura de ladrillo muy severa, casi ascética. Por ejemplo, el Asilo de Huérfanos del Sa-

grado Corazón de Jesús (desaparecido), en la calle de Claudio Coello, y la casa de las Siervas de María en la Plaza de Chamberí (1833) entran dentro de este criterio.

En la parroquia de Santa Cruz de la calle de Atocha, buscó una definición relativamente nueva dentro del gótico imperante. Hizo que toda la fachada, con puerta abocinada, gablete y rosetón, estuviera protagonizada por una gigantesca torre central, que al no tener la flecha, posiblemente prevista, y al terminar en una especie de andén sostenido por largas ménsulas, recuerda las torres de algunos edificios italianos como el Palacio Vecchio de Florencia y el Comunal de Siena.

El Marqués encontró por fin la ansiada recompensa que todo arquitecto espera en la vida, al recibir el encargo de la Nueva Catedral de la Almudena. Para comprender la ceguera, que, generalmente, hace que cada época imponga sus gustos, mídase el alcance de la contradicción estética que supone construir frente al Palacio Real de Sachetti el más delirante montículo gótico que pudieron ver los siglos. En su proyecto para la Nueva Catedral, Cubas sació todos sus apetitos. Se inspiró en la Catedral ideal que aparece en la figura 18, pág. 324, del Tomo II del Diccionario de Viollet-le-Duc, pero todavía extremó más todos los accesorios. Todo lo hizo por partida doble. En lugar de dos torres en la fachada principal proyectó cuatro, además de las otras cuatro del crucero y del inmenso cimborrio; en lugar de un triforio encontramos dos; en lugar de dos series de ventanales en los tramos exteriores, encontramos tres. Triunfa un deseo de superar lo superable haciendo pali-ecer el gótico de los maestros de la Edad Media. El resultado es un empacho difícilmente aceptable y menos todavía en el lugar de su emplazamiento. Demostró Cubas extremado fervor goticista, información y conocimiento erudito del estilo, reverencia a los datos históricos, pero en ningún caso superior talento artístico en esta singular aventura de la Almudena.

Dirán ustedes que lo que acabo de manifestar es una terrible diatriba contra lo que hubiera sido la obra magna del Marqués de Cubas, pero no me arrepiento de lo dicho porque, sin duda alguna, el propósito del Marqués no podía ser justificado más que sobre la base de un dogmatismo circunstancial en materia de arquitectura; en una palabra en función de una moda pero esa moda no era suficiente motivo para alterar todo un entorno madrileño presidido por el Palacio Real, entorno que nada tenía que ver con un gótico desenfrenado como el que imaginó Cubas.

Pero para ser del todo justos la obra del arquitecto madrileño no era ciertamente desdeñable y los que hemos puesto la mano en la rectificación de un error inicial, hemos querido salvar todo lo salvable de la concepción del primer arquitecto de la Catedral de la Almudena.

La planta del futuro templo quedará intacta, sin variación alguna, como la proyectó Cubas y en los alzados interiores se conserva también mucho de la idea inicial de este maestro, alterada a su vez, por rectificaciones debidas a Don Juan Moya e Idígoras. En resumidas cuentas, el día que se acabe el templo de la Almudena quedará interiormente como un templo gótico que deberá mucho de su condición a su primer arquitecto y que representará un gótico menos extremado, más sereno

y más sobrio. También debemos señalar que la cripta de la almuñena, ya construida y terminada hacia el año 1911, es obra total y completa del arquitecto que realizó el primer proyecto. Precisamente en una capilla de la cripta, en un lujoso y monumental cenotafio, está enterrado con la pompa debida a su condición, quien, de la mano de su Jefe Político, Don Francisco Silvela, obtuvo la Alcaldia de Madrid en el año 1892, después de haber sido Diputado por la Provincia de Madrid, Senador por Avila y más tarde Senador Vitalicio. Todo este *Cursus Honorem* puede leerse en su tumba

No tenemos, naturalmente, la suerte de tener un retrato como los que Goya hizo a Ventura Rodríguez y Villanueva y solo conocemos uno de tipo protocolario que se conserva en la Galeria de Alcaldes del Ayuntamiento de Madrid. Tiene Don Francisco de Cubas la figura de un prócer de fines del siglo, vestido de frac con el rutilante arreo de todas sus condecoraciones y medallas académicas. Su cabeza es enérgica, con un cierto aspecto campesino, no obstante su señorial prestancia. Sus ojos son muy vivos, su bigote de largas guias y su breve perilla le dan cierto aspecto quijotesco. Lo mismo que a Rodríguez y a Villanueva, a Cubas también Madrid le debe reconocimiento.